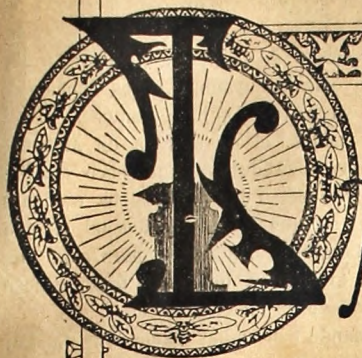


Regalo á los suscriptores de LA TRIBUNA POPULAR



LA SEMANA POPULAR

ILUSTRADA

Año I.

MONTEVIDEO.—Domingo 24 de Julio de 1892.

Núm. 30.

PRECIOS DE SUSCRIPCION A «LA TRIBUNA POPULAR»
con opción á este periódico ilustrado de regalo.

1 año. 1 semestre. 1 mes.

Suscripción adelantada.	pesos 10'00	p. 5'50	p. 1'00
Id. al periódico solamente.			p. 0'50

La imprenta de LA TRIBUNA POPULAR es la mejor montada para hacer diarios, libros, folletos, esquelas, tarjetas, recibos, carteles y toda clase de trabajos comerciales.

Todo suscriptor á LA TRIBUNA POPULAR, así como á este periódico, que no lo reciba con regularidad, debe reclamarlo á la Administración, calle Ciudadela 74/78, en Montevideo, ó al agente respectivo.



UNA BELLEZA DE VIENA



SUMARIO

Texto:— Descubrimiento de la porcelana en Sajonia, por S. F.— Historia de una madre, cuento de ANDERSEN.— La luna, por K.— El avaro, poesía, por JOSÉ SELGAS.— La escala de la fama, novela de taller, por ENRIQUE BACKER.— Nuestros grabados.— Invención y perfeccionamiento de la locomotora, por PABLO SANS Y GUITART.— Soneto, por C. SUÁREZ BRAVO.— De aquí y de allí.— Postres.

Grabados:— Una belleza de Viena.— Juan Federico Bötticher.— La música.— El juego.— La prima campesina.

DESCUBRIMIENTO DE LA PORCELANA EN SAJONIA

I

Un siglo antes de nuestra era fué conocida la porcelana en China. ¿Cómo se hizo este notabilísimo descubrimiento? Se ignora: tal vez fué debido sólo á la casualidad, como se dice vulgarmente, ó hablando con más propiedad á la Providencia, que sabe colocar delante de un genio observador los elementos necesarios para la solución de un problema declarado sin solución por los sabios.

De esta manera pudo ser descubierta la porcelana en China unos cien años antes de Jesucristo, como lo fué en Sajonia á principios del siglo XVIII, como lo fué en Francia durante el último tercio del mismo siglo. Estos descubrimientos, llámense casuales, llámense providenciales, son de grande enseñanza para la humanidad, que debe tener fe en la ley del progreso sin desvanecerse antes las conquistas realizadas por esta senda.

Corría el año 1701 cuando se presentó en casa del boticario Zorn, en Berlín, un joven de diez y nueve años, huérfano y pobre, en solicitud de que se le admitiese como aprendiz. Aquel joven era Juan Federico Bötticher, á quien la suerte había jugado ya una mala treta, según él mismo contó á su amo.

—Veamos esa mala jugada, díjole á los pocos días de tenerle en su casa el boticario Zorn.

—Habéis de saber que tuve la suerte de nacer el 4 de Febrero de 1682.

—No veo bien la suerte.

—Era domingo.

—¡Ah! exclamó entre risueño y compasivo el boticario.

—Vos no creeréis en estas cosas tal vez, pero yo estoy persuadido de que poseo el don de profecía.

—¡Bah!

—Como lo oís.

—Pues estás perdiendo un tiempo precioso en casa. Eres aprendiz de boticario y debieras ser primer ministro. ¡Si el rey de Prusia supiera que naciste en domingo!

—Mi padre, continuó Bötticher imperturbable, murió llevando consigo el secreto de mi felicidad: mi padre había dado con la piedra filosofal.

—¿Por qué no te reveló el secreto antes de morir?

—Es un misterio que el tiempo tal vez se encargará de revelar.

—¿Y por qué no puedes revelarlo tú, que lees en el porvenir? Ea, muchacho,

procura echar de la cabeza todas esas tonterías, y trabaja: tienes afición á la hermetica y con el tiempo conseguirás ser algo útil á la sociedad. Esta debe ser tu única ambición. Ahora véte á ver qué desea el forastero que ha mandado recado y recibe sus órdenes.

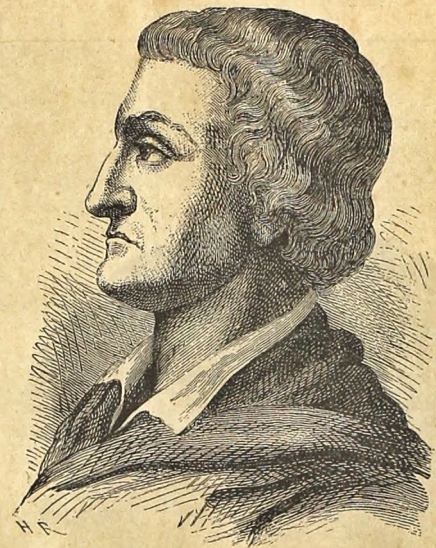
Bötticher salió de casa del boticario, reflexionando sobre los consejos que su amo acababa de darle, y llegó á la posada donde se hospedaba el forastero enfermo que le había mandado llamar.

—Dispensad que mi amo no haya venido. ¡Está tan ocupado!

—No importa, tú podrás cumplir las órdenes que contiene este papelito; sobre todo, exactitud, ¡mucha exactitud!

—Perded cuidado.

El forastero era un venerable anciano; el aprendiz de boticario un joven imberbe. ¿Qué secreta simpatía nació de esta primera visita? Pronto Bötticher creyó encontrar, una



JUAN FEDERICO BÖTTICHER

razón á la intimidad de las relaciones que trabó con aquel anciano; en las maneras, en el hablar mesurado del forastero le parecía hallar algo que le recordaba á su padre.

Sin embargo, nada tan natural como aquella amistad. El forastero era un sabio, un alquimista; el joven un aspirante á tal. He ahí todo el secreto.

Las órdenes del forastero enfermo fueron cumplidas al pie de la letra, y la salud fué viniendo poco á poco. Las visitas del joven Bötticher eran muy frecuentes, y la conversación entre joven y anciano animadísima. Aquellas dos almas se comprendían y se amaban.

Un día el anciano, ya restablecido, anunció á su joven amigo que debía partir al día siguiente. Aquella era la visita de despedida.

—Pero antes de partir quiero que sepás mi nombre.

—Tanto da, querido maestro, sé que sois la ciencia y la bondad personificadas.

—Soy sencillamente Lascaris.

—¡Gracias, padre mío, gracias! exclamó

Bötticher cayendo de rodillas ante el anciano. Estoy convencido de que mi padre os envía; mi padre, que bajó al sepulcro llevándose el secreto de la piedra filosofal, y que pronunció vuestro nombre pocos momentos antes de cerrar los ojos para siempre.

—Tu padre, el de la casa de Moneda, fué siempre incrédulo y aun poco amable conmigo; yo quiero dar una prueba evidente á su hijo de que mi polvo filosofal es una realidad tangible. De esta manera pago una deuda de gratitud á quien con tanto esmero me ha cuidado en mi enfermedad.

Y tomando con ambas manos una talega, añadió Lascaris:

—He aquí una cantidad de piedra filosofal, una verdadera mina de oro. Todo metal que se ponga en contacto con este polvo se convierte en metal precioso. Sólo te recomiendo que no hagas prueba alguna, ni reveles á nadie el secreto de mi venida á Berlín hasta que haya pasado la frontera de Rusia. Y ahora, adiós, amigo Bötticher, disfruta de la fortuna que pongo en tus manos.

El aprendiz de boticario volvió á casa de su amo presa de una inexplicable emoción. El pesar que le causaba la pérdida de un amigo y de un maestro como Lascaris, se mezclaba con la alegría inmensa de poseer el secreto que el mundo científico buscaba con afán algunos siglos hacía, y con la curiosidad de ensayar el polvo misterioso que él, él solo poseía.

A duras penas pudo dominarse ante su amo, y aguardó impaciente el transcurso del tiempo que le fijara Lascaris para la prueba del polvo filosofal.

A su tiempo hizo el ensayo, y el resultado fué sorprendente. Aquellos polvos eran oro puro; no debe extrañarse, pues, que fundidos con otro metal cualquiera, dieran una mezcla semejante al oro.

Pocas semanas después de la partida de Lascaris, Bötticher anunció á Zorn su pensamiento de dejar la botica.

—¿Al fin te has convencido de que es preferible ser gran ministro? díjole el boticario con sorna.

—Mis aficiones me llevan á otra parte. Deseo estudiar la Medicina, y con este objeto pienso trasladarme á Halle.

—¿Con qué recursos cuentas? ¿Has dado tal vez con el secreto que tu padre poseía?

—¡Tal vez!

—No lo creo.

—Pues debéis creerlo.

Y ante su amo hizo una prueba. Los polvos de Lascaris se convirtieron en oro ante los ojos azorados de Zorn.

No había lugar á duda; Bötticher poseía el secreto de convertir en oro todos los metales, es decir, la piedra filosofal, ni más ni menos.

Pronto la fama del maravilloso descubrimiento llenó la ciudad toda, y llegó á oídos del rey Federico Guillermo I, quien quiso ver por sus propios ojos una transmutación. A este efecto, dió las órdenes oportunas para prender á Bötticher donde quiera que se encontrase, y traerlo á su presencia.

Advertido el joven, salió secretamente

de Berlín para Wittemberg, refugiándose en aquella ciudad en casa de su tío, el célebre alquimista Kirchmaier.

Entonces el rey de Prusia reclamó de la ciudad de Wittemberg la entrega del vasallo prusiano Bötticher; éste alegó para oponerse á tal pretensión que había nacido en Schleiz, es decir, en Sajonia, y la ciudad rechazó la demanda del rey de Prusia. Pero no pudo rechazar igualmente la del elector de Sajonia Augusto II, rey de Polonia, y Bötticher hubo de obedecer las órdenes de su señor natural, trasladándose á Dresde.

En aquella ciudad, ante el mismo elector, repitió las pruebas con sus maravillosos polvos, dejando lleno de admiración y entusiasmo al soberano, quien confirióle el título de barón.

*
*
*

A partir de su encumbramiento á la nobleza, Bötticher olvida sus estudios y se entrega á la disipación y al lujo. Manda construir un suntuoso palacio, da frecuentes banquetes, organiza fiestas espléndidas, á las cuales asiste la corte de Sajonia, y todo á costa de la preciosa tasega de Lascaris que iba vaciándose de día en día.

Dos años duró solamente aquella locura de Bötticher.

Joven, presuntuoso, desvanecido por los fáciles triunfos y la aureola de sabio que los polvos filosóficos le proporcionaron, si alguna vez se le ocurrió que la tasega podía quedar exhausta, se consoló pensando que con su talento, reconocido por todo el mundo, bien podría hallar el secreto de la fabricación de aquellos polvos, como lo habían hallado su padre y Lascaris.

Pero lo que veía facilísimo cuando nadaba en la abundancia, hizosele difícil cuando halló vacía la tasega de Lascaris. A los dos años, pues, de su llegada á Dresde terminaron de pronto las fiestas y los banquetes en casa del barón de Bötticher.

Los concurrentes asiduos á las diversiones, á los bailes, á las partidas de caza, se dieron por resentidos del quietismo que en el palacio del barón reinaba, y resolvieron vengarse de su avaricia, que resultaba inexplicable comparada con su pasada esplendidez. Su venganza consistió en denunciarle al elector como espía; pero el elector tenía formado un buen concepto del poseedor del secreto de hacer oro, y no dió crédito á la denuncia hecha por sus cortesanos.

De otra suerte bien diferente gozó la denuncia que los criados del barón, cansados de no cobrar sus sueldos, hicieron al elector, pretendiendo que Bötticher preparaba su fuga de Dresde. Augusto II vió en aquellos preparativos, que tuvo ocasión de atestiguar, una pérdida positiva para su Estado; seguramente algún soberano de Europa había hecho promesas al barón para la adquisición de su maravilloso secreto, y si conseguía escaparse, Sajonia perdía la ocasión de poder explotar una mina de rendimientos positivos.

El palacio de Bötticher vióse rodeado de tropas, y el barón, reducido á la mayor miseria, prisionero de su soberano, quien exigía para devolverle la libertad que le vendiese su secreto!

Supo Lascaris la aflictiva situación en que su amigo se hallaba, y mandóle una persona de confianza para burlar la vigilancia de las tropas del elector de Sajonia; pero éste fué advertido del plan, y la persona de confianza, que no era otro que el doctor Pasch, fué encerrada en la fortaleza de Sonnenstein, y el barón de Bötticher en el castillo de Königsstein, con la expresa orden de Augusto II de que no saldrían de aquel castillo «hasta que de nuevo hubiese compuesto su polvo filosófico,» ó al menos sin haber indicado qué substancias empleaba para su fabricación.

Una y otra condición eran lo mismo para el desgraciado Bötticher, quien á los veintitrés años debía considerarse condenado á reclusión perpetua si la Providencia no venía en su auxilio poniendo en sus manos, como había hecho en otro tiempo Lascaris, un maravilloso talismán con que conquistar, no ya la fortuna, sino siquiera su libertad.—S. F.

HISTORIA DE UNA MADRE

CUENTO DE ANDERSEN

(Conclusión)

—¡No toques las flores! exclamó azorada la vieja. Ahora te voy á decir qué es lo que has de hacer. Cuando entre aquí la Muerte, que no debe tardar, le impides que arranque esta flor, y si por ventura insiste, amenázala con desarraigar cuantas plantas estén al alcance de tu mano. Como á los ojos del Altísimo la Muerte es responsable de todas ellas, no se atreverá á tocar la marchita azucena. Sin permiso del Todopoderoso no puede arrancarse ninguna planta de este jardín. Conque, no te muevas de este sitio.



La anciana se retiró. De repente sintióse un aire sutil, que al penetrar por el jardín helaba la sangre en la venas: todas las plantas se estremecieron, adivinando la pobre ciega que la Muerte era la causa de aquel trastorno.

—¿Qué es esto? ¿cómo encontraste el camino que aquí conduce? ¿cómo llegaste antes que yo? preguntó la Muerte, pues efectivamente era ella.

—¡Porque soy madre! respondió la ciega.

Entonces el hombre dejó su manta, y sacando una hoz se preparaba á cortar la mustia azucena; mas la madre, que instintivamente comprendió la intención, llena de zozobra rodeó el tallo de la flor con sus manos. La Muerte sopló en los dedos de la desventurada, que abandonaron la flor querida: el hálito de la Parca era más frío que las más heladas brisas invernales.

—¡Contra mí no puedes nada! dijo la Muerte.

—Sin embargo, Dios bondadoso es más fuerte que tú.

—No hago más que cumplir su voluntad. Soy su jardinero, y cuando me lo ordena tomo las flores de aquí y las voy á trasplantar á otro jardín llamado el Paraíso, situado en país desconocido. Ignoro lo que con ellas sucede después.

—¡Piedad! ¡piedad! exclamó la madre. ¡Mi hijo! ¡devuélveme mi hijo!

Y al mismo tiempo cogió dos florecillas entre sus dedos y prosiguió casi frenética:

—¡Mi hijo, ó deshojo todas las flores, arraso el jardín! ¡Ah! ¡cuán desgraciada soy!

—¡Modérate, modérate! vociferó la Muerte. ¿Te lamentas de un infortunio y vas á desgarrar el corazón de otras madres tan desdichadas como tú?

—¿Otras madres? repitió la ciega; y soltó las florecillas.

—Toma tus ojos, dijo la Muerte. Al pasar por el lago los ví brillar, y sin saber que eran tuyos los recogí. Póntelos y mira al fondo de este pozo, donde verás lo que hubieras destruido si yo no lo impido. El agua te mostrará, cual si fuera un espejo, la suerte que cabe á cada una de esas flores y la reservada á tu hijo si viviera.

La inconsolable madre se inclinó sobre el brocal del pozo y vió pasar imágenes risueñas rebotando felicidad; luego se ofrecieron á sus atónitos ojos escenas de espantosa miseria, de duelo y de quebranto. Una de las flores que quería destruir, era una violeta que aunque medio oculta entre las hojas, esparcía deliciosos perfumes: esta flor respiraba felicidad. La otra, una rosa encajada en semiabierto botón, crecía enfermiza y triste.

—¡Hé aquí la voluntad de Dios! dijo la Parca.

—¿Qué indican esas imágenes?

—No puedo decírtelo, pero lo cierto es que una de las flores que aquí ves (no te la señalaré) es maldita. Entre ellas hay la que simboliza el porvenir de tu hijo en la tierra.

La madre lanzó un grito aterrador, un grito de agonía.

—¿Cuál es la flor de mi hijo? ¡dímelo, de rodillas te lo pido! ¿Esa era la suerte que le estaba reservada? ¿Verdad que no? ¡Habla! ¿No me respondes? ¡Oh! Prefiero que te lo lleves á la duda que tu silencio me causa; quiero verle libre de tantas desdichas, pues le amo más que á mi vida. ¡Oh caro é inocente hijo mío! ¡que los pesares sean para mí sola! Llévatelo al reino de los cielos! ¡Olvida mis lágrimas, mis preces; olvida cuanto he dicho y cuanto he hecho!

—No te entiendo, objetó la Muerte. ¿Quieres sí ó no, recobrar á tu hijo, ó debo llevarlo al lugar desconocido del que no me es dado hablarte?

Entonces la madre, retorciéndose las manos, se echó á sus pies, y elevando los ojos al cielo:

— ¡Dios mío, no me escuchéis, exclamó, si desde el fondo de mi corazón me opongo á vuestra voluntad, que nunca yerra! ¡No me escuchéis, no hagáis caso de mis ruegos!



Y anonadada, dejó caer la cabeza sobre su trémulo pecho, y siguió orando fervorosamente.

La Muerte continuó recorriendo con su hijo el camino que conduce al país desconocido, donde la vida es eterna y las flores no se marchitan.

Traducción de M. B.

LA LUNA

La influencia que por lo general se cree que ejerce este astro sobre la vegetación es un problema que está por resolver.

Dícese, por lo común, que cuando uno ve la luna nueva, debe hacerle una cortesía, si quiere tener buena suerte, y que es un presagio de desgracia mirarla volviendo la cabeza hacia el hombro izquierdo, ó á través del vidrio de una ventana.

Créese que cuando la luna aparece en sábado, es prueba de que la próxima semana será tempestuosa; pero que si termina en ese día, el tiempo será hermoso.

Infinidad de personas no se cortan el cabello sino en la creciente, y las uñas en la menguante.

Es muy corriente creer que las hortalizas deben recogerse siempre durante el plenilunio, así como matar los cerdos en la creciente; fundándose para esto último, los que tal aseguran, en que si se hace en cualquiera otra época se contraerá extraordinariamente la carne al cocerse.

Es un hecho que los hebreos, así como todas las naciones del Este, han creído más en las influencias lunares que los que habitamos en los climas fríos; y era costumbre entre ellos anunciar con trompetas de plata la aparición de la luna nueva.

Después de todo, quizás aun en nuestro suelo influya más de lo que se cree en el crecimiento de las plantas. En cuanto se refiere á la vida animal, bien revelan los perros, con sus intensos aullidos, que la presencia del plenilunio los afecta de algún modo, y los encargados de la vigilancia en los manicomios son testigos de la excitación mental que experimentan sus desgraciados huéspedes durante esa época.

En la bendición de Moisés á la tribu de José, se hace especial mención de la luna. (*Deut.*, xxxiii, 14), y es generalmente conocido el hecho de que en climas cálidos la vegetación se halla sometida á las alternativas lunares.

Varios cultivadores de caña de las Indias Occidentales afirman que el crecimiento de este fruto durante las noches de la luna es doble; y añaden que para probar tal verdad bastará examinar las distancias que hay entre los nudos de unas y los de otras cañas.

Los chinos atribuyen una importancia tan grande á este asunto, que calculan los días al sembrar el maíz, á fin de que fructifique cuando más de lleno pueda bañarlo el astro nocturno.

La idea de «golpe de luna» es entre nosotros ridícula; pero en los climas cálidos tiene una significación tan positiva, que nadie osará dormir en un lugar donde pudiera iluminarle la luz de la luna llena.

En el Cabo de Buena Esperanza es muy conocido un curioso efecto de la influencia de ese astro sobre los animales. Uno de los alimentos favoritos de los habitantes es el atún, que no se come fresco, sino después de bien curado. Si se cura en época de luna llena, y llega á darle la luz mientras se está secando, resulta que todo el que lo come se lamenta luego amargamente de haber ignorado tal circunstancia, porque se le hincha la cara produciéndole no sólo dolores, sino también una desagradable deformación, parecida á las paperas.

Por estos ejemplos podrá juzgarse que la influencia que se le atribuye no es toda ilusión, y quizás algún día prueben los minuciosos estudios que se hagan, que no estaban tan errados nuestros antepasados como creen nuestros filósofos modernos, y que en verdad, ese astro influye en los cambios atmosféricos, cuando aparece y cuando se nos muestra en todo su esplendor, más tarde, contribuyendo al crecimiento de la marea.

La idea de que el eclipse debiera afectar la temperatura, como suponen muchos, no tiene razón de ser, si se toma en cuenta la corta duración de esos fenómenos; en lo que toca á las reverencias que deben hacerse á la luna nueva, vese el reflejo de las antiguas creencias y costumbres, las cuales en vano se trata de extinguir por completo, ni aun en medio de este siglo de las luces, puesto que en cada espíritu humano parece haber un pequeño rincón oscuro é inaccesible, donde la superstición se albergue.

Probablemente á estas horas, como dijo Aubrey en 1678, se encontrará alguna de nuestras campesinas sentada en un pórtico ó recostada en una talanquera, contemplando extasiada la luna llena, que como un escudo de plata sobre un manto de terciopelo negro se ostenta en el cielo, y exclamando con vaga tristeza: «¡Qué bella luna! ¡Dios la bendiga!»—K.

EL AVARO

Cuentan que fué concebido
A oscuras, de un solo rasgo,
Para que no se gastase
Tiempo ni luz en forjarlo.

Su precio, según es fama,
No pudo ser más barato,
Pues si su madre lo tuvo,
Dice que fué de regalo.

Se le halló manos á boca,
Como cruz libre de gastos;
Es decir, como pedrada
En ojo de boticario.

Vino á la tierra en Febrero,
Por ser el mes más escaso;
Y nació de siete meses,
Para tener dos ahorrados.

Por no dar, no dió á su madre
Ni los dolores del parto;
Pero le quitó la vida,
Y entró en el mundo tomando.

Se ignora cómo y en dónde
Pasó sus primeros años;
Que hizo de ellos un secreto,
Solamente por guardarlos.

Vedlo cómo al cielo mira
Con la beatitud de un santo,
Desde que sabe de fijo
Que la luna tiene cuartos.

Jamás cambia la mirada,
Aunque mire de soslayo,
Ni con tuertos ni con vizeos,
Por no perder en el cambio.

Porque es tomar, toma el aire,
Toma tiempo, toma espacio;
Y, en cuanto al sol, no lo toma
Por no dar sombra al tomarlo.

No cede ni las aceras;
No promete ni aun en vano;
No vuelve ni las espaldas;
No ofrece ni los pecados.

Si la urgencia con que vive
Le hace andar de arriba abajo,
No dice: «Estos pasos doy.»
Sino: «Yo tomo este paso.»

Desperdiciar no es palabra
Que cabe en su diccionario;
Y es, por llevarse todo,
Capaz de llevarse... un chasco.

Es corto porque se encoge,
Y por lo que alcanza es largo;
Por lo que niega, es estrecho;
Por sus pensamientos, bajo.

Por lo que chupa es esponja,
Por lo que penetra, clavo;
Tirabuzón porque saca,
Y por lo que agarra gancho.

Si se enoja, de la ira
No suelta jamás los rayos;
No pone el grito en el cielo;
Coge el cielo con las manos.

Al duro infeliz que cae
De su codicia en el saco,
Hay que rezarle un responso,
Y, como muerto, olvidarlo.

A un solo tener renuncia:
A tener hijos, pues tanto
Es tenerlos, como darles
El derecho de heredarlo.

Suele la atención mermada
Prestar en algunos casos;
Y si presta juramentos,
Es porque los presta en falso.

Hace el viaje de la vida
Con seguro itinerario,



LA MÚSICA. — POR C. LOFFLER



EL JUEGO. — POR C. LOFFLER



LA PROESINA

Pues eche por donde quiera,
Siempre va derecho al grano.

Por ganar la vez, es pronto;
Por no perder tiempo, cauto:
Porque nada sobre, sobrio;
Por no dejar casta, casto.

Tiene por memoria el ansia
De conservar lo pasado;
Por voluntad el vacío,
Por entendimiento un antro.

El alma muerta la lleva;
Y es su avaricia el sudario,
Su cuerpo la sepultura,
Y su cara el epitafio.

Vive porque no se muere;
Y no se muere, pensando
Que puede dar en la tierra
Alimento á los gusanos.

De esta manera, en el fondo,
Aunque en apariencia varios,
Hay en los tiempos presentes
Algunos... bastantes... ¡cuántos!

JOSÉ SELGAS (1).

(1) Poesías postumas.

LA ESCALA DE LA FAMA

NOVELA DE TALLER

¿Cómo es posible que el Genio del Arte, personaje de tan delicado instinto, pueda mirar con buenos ojos á un joven á quien el destino cruel puso en la cuna el nombre de Augusto Borrego? «Augustus Borregus fecit», ¡qué poco artística resulta esta inscripción en una obra escultórica!

El cual Augusto Borrego vivía en un patio de una calle poco concurrida. Al fin de una de las extensas alas del edificio se encontraba lo que él llamaba su casa, estrecha habitación ocupada por una cama, una estufa, una silla y un armario de ropa. La única ventana daba vistas á un patio tras el cual elevábanse hasta las nubes los muros del edificio vecino. Al lado de una cuadra y en un local con aspecto de almacén, se hallaba el «taller» de Borrego. Un verdadero taller, con luz cenital; pues la ventana estaba cogida estrechamente entre el dintel de la puerta y el techo de madera, y cuando al medio día introducíase trabajosamente en el taller el único rayo de sol que las altas paredes del patio permitían llegar, parecía estar de prisa y deseando salir. ¿Asustábase el modelo en yeso de la cabeza de Medusa con la cabellera de serpientes, ó emprendía la fuga ante el tirso del dios del vino que figuraba en el bajorelieve pendiente del muro? ¿Quién puede saberlo? El caso es que sólo permanecía un minuto.

Este tirso fué durante algún tiempo en la imaginación de Borrego, el báculo que había de ayudarle á trepar por el áspero sendero que conduce al templo de la Fama. Todas sus facultades se concentraron en aquel bajorelieve, y ya al hacer el boceto gastó quince cuartos en una botella de vino para excitar la potencia creadora de su genio. Pero este homenaje ofrecido en aras de Baco, le indispuso con Apolo, y sea porque su obra fué colocada en la Exposición á mucha altura, sobre una puerta, ó por otras causas, no pro-

dujo impresión; ni un solo arañazo consiguió de la crítica. Todo lo que pudo obtener Borrego, fué la mención de su nombre como expositor en el Catálogo.

Más feliz fué en la Exposición siguiente con una cabeza de Medusa. Algunos periódicos le nombraron y... se burlaron de él. «Los rasgos de la Gorgona, decía una de las revistas artísticas, excitaban, no el espanto, como tal vez habría querido su autor, sino la risa del que la contemplaba; parecía que lo que hacía fruncir el gesto á la diosa era el dolor de sus callos!»

¿Qué dijo á esto, Borrego? Al pronto decidió estrangular al crítico; después pensó en tirar al río el mazo y el cincel; pero poco á poco fué recobrando su sangre fría.

—No, Augusto, decíale una voz en su interior: no puedes hacer al arte tal ofensa. ¡Aunque bárbaros ignorantes arrojen baba sobre tu obra, tú conoces su valor!

Y juró no volver á pisar una Exposición «mercado de chapucerías artísticas», donde sólo el más grosero naturalismo halla acogida, mientras se arrastra por el polvo al arte ideal.

De entre burlas y sarcasmos, proporcionóle su obra un encargo, un verdadero encargo retribuido. Al volver á su casa encontró una carta: un vendedor de pescado había visto la cabeza de Medusa y había tomado las serpientes de la cabellera por anguilas; por tanto, deseaba saber si Borrego podía «esculpirle», en tierra cocida, un monstruo parecido de cabellera de anguilas, para colocarlo como muestra sobre la puerta de su nueva casa.

¡Sus serpientes anguilas! ¿Había de labrar con su cincel anguilas? ¡Pretensión inaudita! Todo su orgullo artístico se rebeló contra esta idea.

Pero la ganancia sonante le deslumbraba, su bolsa estaba tan vacía como su estómago, y por fin se decidió á dar oídos al llamamiento del destino. Cuando al cabo de unos días, el rayo de sol durante su viaje tocó en el patio y llegó á la ventana del taller, una nube de polvo le impidió la entrada, y entonces, temblando, siguió su camino después de rayar la puerta de la cuadra. En el taller esculpía Borrego las amarillentas anguilas, y á pesar del polvo, la boca se le hacía agua.

—¡Si las tuviera cocidas con una ración de ensalada de pepinos! decía suspirando. Verdes anguilas y pepinos en ensalada eran su plato favorito.

Con arreglo al deseo del comitente, debía en lo posible verse muy poco la cara y en cambio, mucho las anguilas, con lo cual consiguió Borrego hacer una figura que más parecía un montón de anguilas en forma de ovillo, que no la cabeza de una de las Gorgonas, pero que satisfizo plenamente al pescadero.

Aunque éste, con arreglo á su profesión, era un hombre de sangre fría, tuvo, sin embargo, años atrás un altercado con el rico carnicero que vivía enfrente, y la rivalidad entre ambos seguía latente. Cuando después empezó á construirse una casa, dijo su contrario: «Lo que ése hace, puedo yo hacerlo también, como quien dice.» E inmediatamente hizo derribar la suya, tomó tantos

albañiles como el otro, y construyó un nuevo edificio de altura igual: así estuvieron ambos terminados al mismo tiempo.

Cuando desaparecieron los andamios, contempló cada cual la obra de su vecino. El pescador no se sorprendió; hacía ya algún tiempo que sabía que el rico carnicero le aventajaba en unos cuantos metros más de altura y en un balcón.

Las miradas del cortador vagaron despreciativamente sobre la construcción de su vecino, pero de pronto fijáronse inmóviles en un punto, como sobrecogidos de espanto ante una cabeza de Medusa. Su hija, que se encontraba á su lado, siguió la dirección de sus ojos.

—¿Qué es eso, papá?

—¡Ah! ¿con qué ese vendedor de anguilas ha querido poner sobre su puerta, como quien dice, unas armas? Mira, Luisita,—la señorita Luisa, aunque no era ya una niña, se hacía llamar con gusto Luisita;—mira, Luisita, en eso no habíamos pensado.

—Todavía se puede remediar. Pondremos también nuestras armas, pero armas de verdad.

—¿Qué es eso, de verdad?

—Podíamos poner un signo distintivo de nuestra familia, en forma heráldica, sobre un escudo, un escudo como el de los caballeros antiguos; mira, así, ó sino en forma ovalada, de este modo.

—Sí, eso es. ¡Hem! ¡Parecido á un jaimón como quien dice!

—Sí parecido, pero diferente. Y ahora sobre él, un distintivo de nuestra familia...

—¡Justo, justo! ¡una cabeza de buey!

—¡Papá!

—Nada, una cabeza de buey, ha de ir, como quien dice, sobre el escudo; ¡lo que hace ése de enfrente, he de hacerlo yo también!

Luisita se convenció de que toda protesta contra la cabeza de buey era tiempo perdido; su padre, á quien manejaba con un dedo en otros asuntos, era en tratándose «del de enfrente», tan duro de cerviz como los animales á quienes debía su fortuna; por tanto, suspiró resignada.

—Sea, pues, una cabeza de buey. Al fin y á la postre también es un signo heráldico: hay pueblos que lo tienen en su escudo.

En tanto el pescadero, orgulloso de la obra de arte que figuraba sobre su puerta, contaba á todo el mundo como era aquella la obra de un verdadero artista de la Academia, del célebre escultor Augusto Borrego, cuyas producciones habían figurado en varias Exposiciones públicas. De este modo pudo averiguar indirectamente el carnicero las señas del maestro Borrego, y al día siguiente penetraba con su hija en la calle donde el desconocido genio tenía su casa.

ENRIQUE BACKER.

(Concluirá).

Nuestros grabados

UNA BELLEZA DE VIENA, DIBUJO ORIGINAL DE J. RAFFEL.—No hay materia más discutible que la belleza; lo que para muchos es hermoso, para otros es indiferente, cuando no feo; y aunque esto no quiera decir que no haya en

la belleza elementos propios y fijos, hay que confesar que en la mayoría de los casos adquiere su valor, por lo que añade con su imaginación el que la mira, y como la imaginación es tan variable, de aquí que la belleza escape á toda descripción, por lo menos en una gran parte de lo que la constituye. El tipo de belleza vienesa que presenta J. Raffel en su dibujo, aunque no lo sea por algunos, no hay duda que reunirá la mayoría de los sufragios. Preguntaban un día á Aristóteles sus discípulos, qué era la belleza: «Dejemos esa pregunta á los ciegos», contestó el filósofo.

LA MÚSICA Y EL JUEGO.—Pertenecen estos dos frisos á una serie de cuatro composiciones del artista Leopoldo Löfler, que adornan el comedor de una rica morada. Las alegorías imaginadas por el pintor son claras, exactas y llevadas á cabo con gracia y humorismo. En el friso de la música, se hallan representadas la música vocal y la instrumental; la vocal por una *diva* de cinco abriles que canta con gran aplomo una melodía; el primer violín lleva el compás con el arco, y completan la orquesta una flauta, un clarinete, un címbalo, otro violín y un violoncello. Tres jugadores de cartas en torno de una mesa, simbolizan el juego. Pero como no hay vicio que venga solo, aquellos diminutos personajes fuman también. La pena no se hará esperar: uno de ellos siente ya las consecuencias de su falta, y otro de sus compañeros acude en su auxilio con una taza de café que ha de disipar la borrachera del tabaco.

LA PRIMA CAMPESINA, CUADRO DE CARLOS SEVY.—Una bella campesina visita por vez primera á unos parientes ricos de la capital: sentada á una mesita de café frente á sus dos distinguidas primas, á duras penas oculta su encogimiento y su confusión. Por su parte, las dos hermanas ignoran el tono que han de tomar para vencer la vergüenza de la aldeana y entablar una conversación. Pero en la expresión de su mirada se lee claramente, al lado de la curiosidad con que examinan el traje y ademanes de la campesina, la amabilidad y la bondad que pronto han de ayudarles á ganar la confianza de la recién venida. El pintor ha conseguido retratar felizmente el contraste entre dos damas de la ciudad y la belleza campesina.

INVENCION Y PERFECCIONAMIENTO

DE LA LOCOMOTORA

El laboreo de las minas ha hecho sentir siempre la necesidad de construir vías especiales y de realizar ingeniosas combinaciones de fuerza motriz para el transporte de minerales y escombros; y de esta necesidad proviene la prioridad que se nota en la aparición del ferrocarril respecto de la locomotora, pues ya en 1700, cuando nadie soñaba en este moderno invento, en esta gran maravilla que entonces se habría calificado de loca fantasía y hoy es una realidad, entonces en las minas de Inglaterra y de Alemania se construyeron vías con raíles de madera y otras con raíles de la misma clase recubiertos y reforzados con tiras de hierro. No obstante, en aquellos primeros albores de la poderosa luz, que un siglo más tarde había de aparecer en el horizonte de los conocimientos humanos, ya hubo quien ideó una máquina para aplicar el vapor de agua para la tracción de los carruajes en las carreteras ordinarias. Dionisio Papin y Savery hicieron ensayos sobre esta invención, aunque desgraciadamente infructuosos.

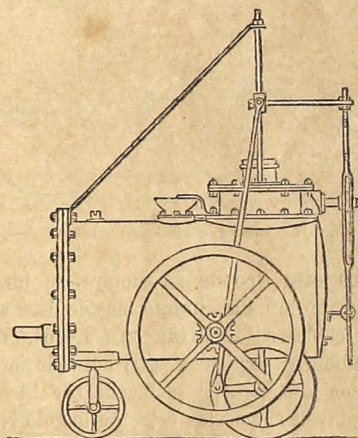
Aquella primera tentativa quedó borrada;

la huella de una idea luminosa desapareció como la luz del relámpago en la negra nube que por un instante le hace visible; mas la idea quedó viva en el mundo de la inteligencia, y haciendo su curso ocóltamente, con lentitud, eso sí, pero con enérgica constancia, reapareció á fines del siglo XVIII, cuando el eminente ingeniero inglés *James Watt* inventó, en 1765, la máquina de vapor. Entonces ya no fué la luz vaga y difusa que al romper el primer día de una nueva era asomaba en las cimas del cerebro humano, sino que apareció la aurora con todo su esplendor, y de todos los ámbitos del horizonte intelectual surgieron puntos luminosos, rayos brillantes y fecundísimos que convergían en un mismo centro para producir una imagen, una forma concreta y determinada, en la que se habían de reunir cosas al parecer antitéticas, á saber: el peso y ligereza, la vertiginosa carrera y la estabilidad. Se había obtenido y estudiado la fuerza del vapor y se conocían sus principales leyes; se la encerraba en una cárcel de hierro y allá, como á un penado, se la hacía trabajar. Día y noche daba vueltas á una gigantesca rueda y sacaba ríos de agua de las entrañas de la tierra para hacer franqueables las minas, cuyos inmensos tesoros el próximo siglo había de aprovechar. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que á raíz de aquella prodigiosa invención brotasen fecundas ideas y se lanzara la imaginación en busca de maravillas? En el año 1766 se ponen por primera vez raíles de hierro fundido sobre durmientes de madera en unas minas de hulla de Inglaterra. En 1768, Nicolás José Cugnot, francés, ensayó por las calles de París un carro movido por la fuerza del vapor. Una pequeña caldera de cobre, de forma esférica, da la fuerza; dos cilindros, de efecto sencillo y de acción directa, dan á la misma caldera y al carro sobre que está montada un movimiento de traslación; mas este movimiento es inseguro, rudimentario, sólo excita la curiosidad y aguijonea el deseo: en una hora sólo recorre un cuarto de legua; las sillas de mano son mucho más veloces. La máquina quedó arrinconada, pero tiene un valor arqueológico; y gracias al nunca desmentido patriotismo de los franceses, se la puede ver hoy íntegra todavía en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

El mismo Watt, tal vez poseído del afán de dar extensión á las aplicaciones de su maravilloso invento, pronunció, hablando del mismo, las siguientes palabras: «*Las máquinas de vapor pueden aplicarse al movimiento de ruedas de carruajes para transportar personas ó mercancías de uno á otro lugar, y las mismas máquinas pueden por sí mismas trasladarse.*» Y no se limitó á este intuitivo juicio, sino que en 1784 pidió privilegio de invención para un carruaje movido por vapor; pero este privilegio hubo de abandonarse por las dificultades que en la práctica ofrecía, para esta clase de trabajo, el uso del vapor á baja presión.

En 1772, en Norte-América, el ingeniero Oliverio Evans aplicó á la máquina de vapor la alta presión é ideó luego un carruaje movido por vapor que hizo correr por las calles de Filadelfia. Casi al mismo tiempo Murdock, en Inglaterra, ideó otro carruaje movido por

el vapor, que también hace correr por las calles excitando la admiración de los transeúntes; mas todos estos ensayos no pasaban de la esfera de tentativas y no producían resultados prácticos. Habían de pasar todavía algunos años para convertir en realidades los sueños y delirios que al morir sufría el siglo; mas así que hubo nacido el XIX, que vino á sucederle, ya la invención que se perseguía llegó á la categoría de industria explotable, de manera que en 1801, se constituyó en Inglaterra una *Compañía de ferrocarriles*, la primera del mundo; aquel nuevo sistema de transporte se aplicaba solamente al de la hulla en los distritos mineros. Entonces la locomotora se fué robusteciendo y perfeccionando, aunque con cierta lentitud, yendo á la vanguardia de sus inventores Trevithick, Blenkinsop, los hermanos Chapman, Brunton, Blackett, Hedley, Murray, Hackworth y Jorge Stephenson, en Inglaterra; y Marc Seguin en Francia con su invención de la caldera multitubular, la única adecuada á la locomotora. En el primer tercio del corriente siglo, ésta fué cobrando su actual forma, aunque pasando por una serie de transiciones semejantes á las que hoy publican algunos caricaturistas, por las cuales pasan de una figura informe y vulgar á otra de forma determinada, viva y más ó menos bella... A continuación pongo los tipos ideados y contruidos por algunos de los inventores hace poco nombrados, tales como he podido copiarlos de diversos tratados de locomotoras y diccionarios industriales que he tenido ocasión de consultar.

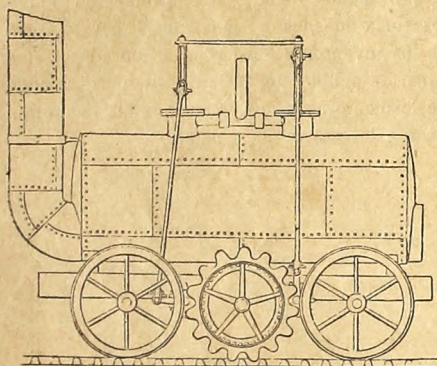


Locomotora de Trevithick.—1802

Este modelo es el verdadero embrión de la locomotora, porque resuelve el problema cinemático de la conversión del movimiento circular en rectilíneo continuo por medio de la adherencia, ya que, tanto las ruedas como los raíles tienen lisas sus superficies de rodadura, y en ella también el vapor que había trabajado en el cilindro escapaba por la chimenea, condición indispensable para favorecer el tiro; pero ambos elementos mecánicos fueron poco aprovechados, sin duda por no ver todavía el inventor con toda claridad su esencia. La locomotora construida después de este modelo por el mismo inventor y su asociado Vivian fué algo diferente de dicho ejemplar, pues que tenía el cilindro horizontal en vez de ser vertical; pero el movimiento se transmitía del mismo modo directamente á la rueda motriz y la traslación se obtenía por la sim-

ple adherencia. Este segundo modelo fué el aplicado, desde 1802, en el ferrocarril hullero de Merthyr-Tydvil, en el que por primera vez corrió la locomotora guiada por rails, abandonándose de paso la idea de mover dicha clase de máquinas por las carreteras ordinarias, por las muchas dificultades con que para esta solución se tropezaba. Con la locomotora de Trevithick se remolcaron trenes de 10 toneladas en un trayecto de 14 kilómetros y medio, á razón de 8 kilómetros por hora, sin tener necesidad de renovar en dicho trayecto el agua de la caldera.

Pronto se echó de ver que la falta de adherencia hacía infructuoso el servicio de tal tipo de locomotora, y era opinión unánime entonces que no sería posible ejercer una considerable fuerza de tracción con locomotoras en que tanto las ruedas como los rails tuviesen lisa la superficie. En su consecuencia y partiendo de este principio, Blenkinsop ideó otro tipo de locomotora, en la que se aumenta la adherencia aplicando el esfuerzo de tracción sobre una rueda dentada que engrava con una cremallera puesta paralelamente á los rails, y haciendo descansar sobre éstos en su superficie lisa cuatro ruedas, todas ellas solamente de soporte. Tal es la locomotora que representa esta figura:



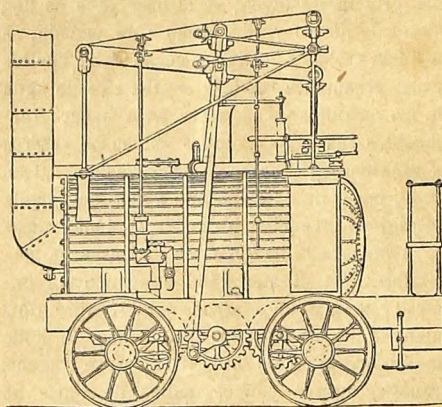
Locomotora de Blenkinsop.—1812

Con este tipo de locomotora se hizo el transporte de hulla durante más de doce años, en el ferrocarril de Middleton á Leeds. Tiene dos cilindros verticales, casi del todo inmersos en la caldera; y por medio de bielas y de manivelas, puestas éstas en ángulo recto, transmiten el movimiento del pistón á dos piñones, y éstos á una rueda central dentada que engrava á su vez con una cremallera. La caldera es de hogar interior, consistente en un tubo que la atraviesa en toda su longitud. En su extremo de la derecha hay el hogar y en el opuesto se junta con la chimenea. El escape del vapor se verifica por un tubo vertical puesto entre ambos cilindros, y en comunicación con los mismos por otros horizontales. Blenkinsop, pues, no comprendió las ventajas del escape del vapor por la chimenea.

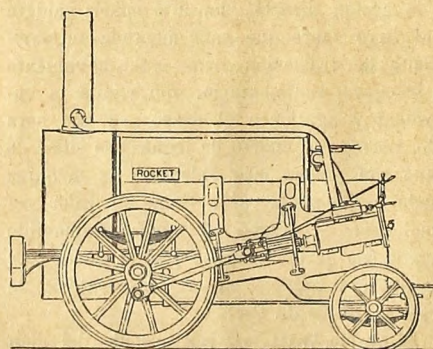
En el mismo año 1812, poco más ó menos, Blakett demostró, después de numerosos experimentos hechos en el ferrocarril de Wylam, que el simple peso que gravita sobre los rails es suficiente para convertir el movimiento giratorio de las ruedas en movimiento de traslación; es decir, Blakett demostró el principio de la adherencia, que es el que afianza el punto de apoyo de la locomotora, y este

hecho abrió nuevo horizonte para dar gran potencia á dicha máquina y avanzar en el proceso de su invención.

Demostrado aquel principio, se atinó en acoplar los ejes y ruedas de sustentación de la locomotora, para que el esfuerzo de tracción se ejerciera sobre todo el peso de la máquina, ó cuando menos en gran parte del mismo, como se hace también en la actualidad. Hedley hizo dicho acoplamiento por medio de una serie de ruedas dentadas de diámetro igual, que comunicaban el movimiento de las bielas y manubrios á las ruedas motrices, que eran lisas en toda su circunferencia, lo mismo que los rails en toda su longitud. Jorge Stephenson simplificó más el acoplamiento, pues lo redujo á una cadena sin fin que unía ambos ejes, y por su intermedio éstos recibían simultáneamente la acción de los dos cilindros de la locomotora, dando lugar dichas combinaciones á los tipos siguientes:



Locomotora de Hedley.—1813



Locomotora de Jorge Stephenson.—1815

En la locomotora de Hedley se nota que los dos cilindros, aunque puestos verticalmente, se hallan fuera de la caldera, uno por cada lado de la misma; y en lo demás sólo se diferencia del tipo de Blenkinsop en el acoplamiento de los dos ejes y la supresión de la rueda motriz dentada y el rail de cremallera. También Hedley hizo escapar el vapor por la chimenea, pero fué con el objeto de disipar lo posible el humo producido por la combustión, por las quejas que sobre la producción de dicho humo promovieron los vecinos de Newcastle, á quienes incomodaba.

La locomotora de Stephenson se asemeja más á la de Blenkinsop, en cuanto á la situación de los cilindros; pero ya tampoco éstos van inmersos en la caldera, sino fuera de ella, aunque en su parte superior. Tiene de

notable este tipo, además del tubo de escape que corre á lo largo de la caldera, otro detalle muy ingenioso y de la mayor importancia, á saber, que la caldera descansa sobre el bastidor por intermedio de cuatro cilindros, de los que sólo se ven dos en el dibujo. Estos cilindros estaban continuamente en comunicación con el interior de la caldera, y unos pistones, cuya varilla iba unida con la caja de engranar y los cojinetes de los ejes mantenían la suspensión de la máquina; de modo que todas las desigualdades de la vía producían vibraciones en dichos pistones, haciendo el vapor que obraba sobre éstos, las veces de poderosos y sensibles resortes. Al mismo á Stephenson le tocaba más tarde sustituir dichos pistones por verdaderos resortes de acero, y esta luminosa idea debía quedar para siempre fijada, no sólo para la construcción de la locomotora, sino también para la de los coches y wagones que desde entonces habían de circular por todas las líneas férreas.

PABLO SANS Y GUITART.

(Continuará).

SONETO

Negra cortina el horizonte cierra
Del sol velando el disco refulgente.
Rugen los aquilones sordamente,
Por las hondas gargantas de la sierra.
Del mar el rudo sobresalto, aterra.
Electrizado, inflámase el ambiente;
Y al estallar, parece que se siente
Sobre sus ejes, vacilar la tierra.
Conflicto de natura formidable,
Que á lid provoca con feroz protervia,
Espacio, cielo, tierra y oceano.
Menos fiero con todo, y espantable,
Que el que levanta á veces la soberbia,
En el rincón del corazón humano.
C. SUÁREZ BRAVO.

De aquí y de allí

DUMAS Y ANDERSEN.—Mr. H. Boyesen, en el *Century Magazine*, refiere varias conversaciones que en 1873 tuvo con el poeta y cuentista Andersen. La primera entrevista que el escritor danés hizo al novelista francés cuéntala Andersen en la forma siguiente:

«Vi á Dumas en 1842, cuando por segunda vez hice un viaje á París. Cada vez que yo iba á llamar á su puerta contestábanme invariablemente que aun no se había levantado, de lo cual deduje que Dumas se pasaba todo el día en la cama.

«Al fin, después de haberme presentado allí una docena de veces sin conseguir verle, entregué mi tarjeta dispuesto á esperar á que se levantase del lecho. A los pocos momentos el criado vino á decirme que le acompañara á la alcoba de M. Dumas. Era esta una habitación espléndidamente amueblada, en la cual reinaba el desorden más extraordinario. Al entrar yo, el novelista me miró, é inclinando con gracia la cabeza, me dijo: «Sentaos un minuto, que voy á recibir la visita de una dama.» Notando la admiración que esto me causaba, se echó á reír y añadió: «Es mi Musa. Se irá inmediatamente.»

«Dumas hallábase sentado en su lecho y escribía con gran facilidad.

«Su letra era clara y hermosa. A medida que llenaba las hojas de papel tirábalas en todas direcciones. Yo apenas podía dar un

paso por miedo de pisarlas. Esperé diez ó quince minutos y durante ellos Dumas prosiguió improvisando y diciendo á cada paso: «¡Viva! ¡Bueno!» ó bien: «¡Excelente, Alejandro!»

»Por fin de un salto bajó de la cama cubierto con las ropas á manera de toga y avanzó hacia mí declamando furiosamente con gritos ensordecedores. Como daba grandes zancadas en actitud teatral, yo retrocedí alarmado ante tal vehemencia, y cuando llegué á la puerta me asió por la levita y me dijo: «¡Confesad que esto es magnífico! ¿eh? Soberbio; digno de Racine!» Yo convine, en cuanto pude tomar aliento, en que era verdaderamente magnífico. «Es una nueva comedia, me dijo. Escribo un acto ó más antes de almorzar. El tercero acabo de concluirle.»

»En otra ocasión que le visité, me preguntó si me agradaría conocer á las celebridades de París. Yo le dije que ya había tenido el honor de ver á Víctor Hugo.

»—Víctor Hugo, contestó interrumpiéndome; no va mal, pero no goza de gran celebridad. Seguidme y conoceréis celebridades que merecen mejor que él ser conocidas. Le dí las gracias y nos fuimos. Con gran sorpresa mía me condujo al saloncillo del teatro de la Porte Saint-Martin, donde se hacía un baile.

»Pronto nos vimos rodeados de señoritas vestidas con mallas y trajes de gasa. Os aseguro que yo me hallaba algo violento, pero Dumas, por el contrario, encontrábase muy satisfecho. Entonces pretendí esquivarme, mas el novelista, reteniéndome por el brazo, me presentó á las dos ninfas con quienes conversaba. En la manera de mirarme, comprendí que Dumas las hablaba de mí. Yo supuse que estarían burlándose, y me sentí molestado, por lo cual me batí en retirada por segunda vez. Dumas corrió tras de mí y de nuevo me detuvo. Entonces dije que no poseía el francés suficiente para agradar á las damas.

»No importa, me dijo.

»Pero como yo notara que se divertía á mi costa, me despedí de él.

»Bueno, dijo dándome la mano, ¿pero, qué os parecen nuestras celebridades?»

Leemos en una revista extranjera, que se han hecho pruebas de una nueva aplicación del corcho, que está dando muy buenos resultados.

Se trata de utilizar los restos de corcho procedentes de la fabricación de tapones para formar unos tarugos con que empedrar el piso de las calles. Hechas las pruebas en una de Stetin, está dando un magnífico resultado, creyéndose que superará en duración á los tarugos de pino y á las piedras hoy usadas. En Londres también se han hecho ensayos de ese nuevo sistema de entarugados.

El puente que se ha de tender sobre el

rio del Este en New-York, será muy parecido en su construcción al que une esta ciudad con la de Brooklyn, aunque algo mayor, pues medirá de muelle á muelle 1,620 pies, mientras que aquél tiene 1,595; su altura en el centro será de 106 pies, ó sea 20 más que el de Brooklyn; tendrá cuatro cables de suspensión de 19 pulgadas de diámetro, y los del otro tienen quince y media.

Tendrá cuatro vías para trenes de pasajeros, dos para carruajes y un paseo.

La altura de las torres será de 260 pies sobre el río y la longitud de las rampas de 2,000.

Ha fallecido en Londres Mr. Sanderson, que pasó toda ó la mayor parte de su existencia matando elefantes.

El teatro de sus hazañas fué la India durante muchos años. En 1874 organizó, á instancias del gobierno inglés, una cacería en la provincia de Misora, en la que 150 elefantes perdieron la vida ó la libertad.

Cuando el difunto duque de Clarence, hijo del príncipe de Gales, estuvo en la India, Mr. Sanderson organizó en su honor una partida de caza, durante la que 37 de dichos colosales paquidermos fueron capturados.

Los elefantes están, por lo tanto, de enhorabuena.

Ha tenido lugar en el Campo de Marte la primera ascensión del globo «La Photographie française».

M. M. Attout-Tailfer, presidente de la Exposición, y Marco Mendoza, constructor, delegado de España y Portugal, tomaron puesto en la barquilla, donde estaban dispuestos sus aparatos.

Interesantes trabajos han sido practicados por los señores Attout-Tailfer y Mendoza, y las pruebas obtenidas serán expuestas en la sala de la Fotografía científica.

Un objeto más que añadir á las numerosas curiosidades que justifican el constante éxito de la Exposición internacional de fotografía.

Se publican en el mundo 41,000 periódicos; de éstos 24,000 en Europa. Alemania es la primera con 5,500; sigue Francia con 4,100; Inglaterra con 4,000; Austria con 3,500; Italia con 1,400; España 958; Rusia 800; Suiza 450; Bélgica 315; Holanda 300; Portugal 208, y el restante entre Suecia y Noruega y los Estados de los Balcanes. En los Estados Unidos se publican 12,500; en el Canadá 700; y en Australia 600. De los 300 periódicos que se publican en Asia, solamente en el Japón se publican 200. En Africa tan sólo se publican 104, y tres en las islas Sandwich. 17,009 se publican en idioma inglés; 7,500 en alemán, 6,800 en francés; 2,000 en español, y 1,500 en italiano.

Los beneficios anuales de los diarios de Londres son como sigue:

Daily Telegraph, 3.258,000 pesetas; *Times*, 3.000,000; *Standard*, 1.750,000; *Morning Post*,

1.425,000; *Daily Chronicle*, 1.000,000, y *Daily News*, 900,000 pesetas.

Le Figaro, de París, ha repartido el año pasado un dividendo á sus accionistas de 2.500,000 francos.

De los periódicos que se publican en Inglaterra, cinco fueron fundados antes de 1700: *The London Gazette*, que empezó á publicarse en 1767; *Course of the Exchange* en el mismo año; *Worcester Journal*, en 1690; *Stamford Mercury*, en 1695, y el *Edinburgh Gazette*, en 1690.

En España el periódico más antiguo es el *Diario de Barcelona*, que comenzó á publicarse en 1.º de Octubre de 1793 sin haber sufrido interrupción alguna en su publicación.

Postres

Un hombre de pequeña estatura entró en una biblioteca, y después de recibir el libro que había pedido, dijo al empleado:

—¿Me hace usted ahora el favor de dos ó tres diccionarios?

—¿De qué lengua?

—De cualquiera, con tal que me sirvan para sentarme sobre ellos.

En una escuela israelita:

—¿Qué falta, pregunta el profesor, fué la que cometieron los hermanos de Josef cuando vendieron á éste?

Un judío, en un rasgo de precocidad:

—Que lo dieron muy barato.

Dos graciosos cogen á un paleta en la calle y le sujetan uno por cada brazo.

—¿Tú qué eres? le preguntan. ¿Un borracho ó un imbécil?

—Me parece, contesta el preguntado, que me hallo entre lo uno y lo otro.

Una viuda se encontraba tan profundamente afectada por la muerte de su esposo, que cuando se sentaba al piano sólo tocaba las teclas negras.

En la facultad de medicina:

El examinador.—La persona que está delante tiene, como usted ve, una pierna más larga que otra y por lo tanto, cojea: ¿Qué haría usted en este caso?

El alumno.—Yo creo que cojearía también.

Para las estatuas, como para los hombres, un pedestal es un reducido espacio estrecho y honroso, con cuatro precipicios en torno suyo.

Es menester confiar con preferencia en el que no confía en sí mismo.

El presente es el mejor juez del pasado; el porvenir es el mejor juez del presente.

Fidense estos medicamentos

LOS QUE TENGAN TOS

ya sea reciente ó crónica, tomen las **PASTILLAS PECTORALES**

del Dr. Andreu y se aliviarán pronto por fuerte que sea. Sus efectos son tan rápidos y seguros que casi siempre desaparece la TOS al concluir la primera caja.

Para el ASMA prepara el mismo autor los Cigarrillos y Papeles azoados que lo calman al instante.

LOS RESFRIADOS

de la nariz y de la cabeza desaparecen en muy pocas horas con el

RAPÉ NASALINA

que prepara el mismo Dr. Andreu. Su uso es facilísimo y sus efectos seguros y rápidos.

en todas las buenas farmacias

PARA tener la BOCA

SANA, HERMOSA, FUERTE y no padecer dolores de muelas, usen el ELIXIR y los POLVOS de

MENTHOLINA DENTÍFRICA

que prepara el Dr. Andreu. Su uso emblanquece la dentadura, fortifica notablemente las encías, evitando las caries y la oscilación de los dientes. Su olor exquisito y agradable perfuma el aliento.

Contra toda clase de TOS y CATARROS hay las PASTILLAS DE AMBARINA

DE VENTA EN CASA LOS FARMACEUTICOS

VÍS | Dr. BOTTA | BALTA
Hospital, 2 | Rambla de las Flores, 23 | Vidriería, 2

FARMACIAS ABIERTAS TODA LA NOCHE

DEPÓSITO

en las mismas de aguas minero-medicinales y medicamentos del país y extranjero

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA funcionando sin ruido

PATENTE DE INVENCIÓN

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

Al contado y á plazos

18 bis, AVIÑO, 18 bis.--BARCELONA

SERVICIOS

DE LA

COMPañIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. del Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto-Rico. Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-Firme y Colón.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y Combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Conchinchina y Japon. Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de enero de 1890, y de Manila cada 4 martes á partir del 7 de enero de 1890.

Línea de Buenos-Aires.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de enero de 1890.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en las Palmas, Rio de Oro, Dakar y Monrovia. Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de África.—**Línea de Marruecos.** Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Orense: D. E. de Guardia.—Vigo: don Antonio Lopez de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: señores Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

LA EQUITATIVA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA, DE LOS ESTADOS UNIDOS

EXTRACTO DEL 30.º BALANCE ANUAL

Situación en 1.º de enero de 1890

Activo.	Ptas.	555.038.601'24
Pasivo (compulsado al 4 por 100).		136.825.436'89
Capital sobrante.		118.213.164'35
Ingresos por primas, intereses, rentas, etc. en 1889.		157.437.233'29
Desembolsos por siniestros, por vencimientos y rescisiones de pólizas, y por dividendos y rentas vitalicias.		61.634.006'87
Pagados á los tenedores de pólizas desde la fundación de esta Sociedad.		675.151.814'83
Nuevos seguros aceptados en 1889.		907.868.038
Pólizas en vigor en 1.º de enero de 1890.		3.298.669.320'88

DELEGACION DE CATALUÑA Y BALEARES
OFICINAS: Rambla de Estudios, 6.—BARCELONA

GRANDES TALLERES DE SASTRERIA

EL CID

Calle de Aviñó, número 7, esquina á la de Fernando.—Barcelona
Sucursal: Carrera de San Jerónimo, 5, Madrid.

ROPAS HECHAS Y Á MEDIDA

Grandiosos surtidos alta novedad y precios muy reducidos.

EL FENIX

GRAN BAZAR DE SASTRERIA

Calle del Hospital núm. 36, esquina Jerusalén.

Grandiosos surtidos tanto en ropas hechas como en géneros á medida. Precios sin competencia.

LA PREVISIÓN

Sociedad anónima de Seguros sobre la vida, á prima fija

DOMICILIADA EN BARCELONA

Plaza del Duque de Medinaceli, núm. 8

CAPITAL SOCIAL: 5.000,000 DE PESETAS

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente

Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal.

Vicepresidente

Excmo. Sr. Marqués de Sentmenat.

Vocales

Sr. D. José Amell.
Sr. D. Pelayo de Camps, marqués de Camps.
Sr. D. Lorenzo Pons y Clerch.
Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupe.
Sr. Marqués de Montoliu.

Excmo. Sr. D. Camilo Fabra, Marqués de Alella.

Sr. D. Juan Prats y Rodés.

Sr. D. Odon Ferrer.

Sr. D. N. Joaquín Carreras.

Sr. D. Luis Martí Codolar y Gelabert.

Comisión Directiva

Sr. D. Fernando de Delás.
Sr. D. José Carreras Xuriach.
Excmo. Sr. Marqués de Robert.

Administrador

Sr. D. Simón Ferrer y Ribas.

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para formación de dotes, redención de quintas y otros fines análogos; seguros de cantidades pagaderas al fallecimiento del asegurado; constitución de rentas vitalicias inmediatas y diferidas, y depósitos devengando intereses.

Estas combinaciones son de gran utilidad para las clases sociales. La formación de un capital pagadero al fallecimiento de una persona, conviene especialmente al padre de familia que desea asegurar, aun después de su muerte, el bienestar de su esposa y de sus hijos: al hijo que con el producto de su trabajo mantiene á sus padres: al propietario que quiere evitar el fraccionamiento de su herencia: al que habiendo contraído una deuda, no quiere dejarla á cargo de sus herederos: el que quiere dejar un legado sin menoscabo del matrimonio de su familia, etc.

En la mayor parte de las combinaciones los asegurados tienen participación en los beneficios de la sociedad.

Puede también el suscriptor optar por las Pólizas sorteables, que entre otras ventajas presentan la de poder cobrar anticipadamente el capital asegurado, si la fortuna le favorece en alguno de los sorteos anuales.

